

Escribir sin papel

Relatos fantásticos



ADELA REDONDO

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



ADELA REDONDO

Por las mañanas, Adela Redondo no madrugaba casi nunca. Solía oír desde la cama las campanadas de las nueve y media. Entonces abría con un amplio movimiento de su brazo la sábana con la manta, sin que se deshiciera el conjunto, y salía de la cama posando sus pies sobre sus zapatillas, preparadas la noche anterior en el lugar apropiado, justo donde iban a caer los pies. Con la leche ya caliente dentro del microondas, juntaba sobre la corta encimera dos vasos, vertía en uno dos cucharadas de colacao y en otro dos cucharadas de nescafé. Luego sacaba la jarra de leche del cajón del microondas y llenaba los vasos justo hasta el borde, a punto de derramarse. Los cogía aparentemente sin cuidado, pero la verdad era que tenía desarrollada una maña extraordinaria para todos estos movimientos cotidianos, los tenía, por decirlo así, automatizados. Una vez puestos los vasos sobre la mesa de la cocina, encima del hule recién comprado, removía las mezclas por su orden. De un armario alto sacaba una caja de lata bien grande, la caja de las galletas. Esta costumbre no era suya, sino de su madre. A ella la lata la ponía negra, porque le parecía que de puro vieja la lata soltaba herrumbre en las galletas, y a veces hasta notaba sabor a óxido cuando las mordía. A ella le habría gustado más tener las galletas en la caja que traían de la tienda, que le era más higiénica y menos ruidosa. Pero sacaba su lata de galletas. Y una vez que estaba sobre la mesa y abierta, llamaba a su madre dando un alarido: “¡Mamá, el desayuno!”.

El colacao era para ella, el nescafé para su madre. Un nescafé con su buena cafeína, y bien cargado para subirle la tensión, siempre baja.

La madre aparecía desde el pasillo aplacándose los pelajos con las dos manos, andando a pasos cortos que arrastraban las zapatillas por el pasillo. Se sentaba en la silla que estaba preparada ante el vaso de leche con café y dejaba salir el primer suspiro. Adela le llevaba unas galletas de ventaja. Los primeros comentarios eran siempre sobre cómo se había dormido. Siempre bien, la verdad. Las dos tenían muy buen sueño y si de noche pasaba algo en la calle o si no pasaba nada era una cosa que nunca sabían. A la una de cada madrugada se iba Adela a su cama –la madre ya roncaba– y nunca se despertaba hasta casi las nueve y media. Siempre se dormía bien en esa casa.

Adela tenía ya cumplidos los cuarenta y seis, su madre tenía más de setenta y cinco. Vivían solas desde que se había casado Manuel, el mayor de los hermanos, que parecía que iba para cura pero que a los treinta y tantos dio la campanada. Ahora vivía en Toledo, director de un colegio de monjas. Desde aquello habían pasado por lo menos veinte o veintidós años. Tantos años solas las dos mujeres, se sabían todo la una de la otra, hasta adivinaban sin termómetro cuánta fiebre tenía la otra si se ponía mala. Y lo llevaban de maravilla. Ni una riña, ni un recelo, ni un reproche.

Con sus hermanos la cosa era distinta, tanto para Adela como para su madre. Cada uno había buscado siempre la manera de irse de la casa para hacer su vida, sin que les hubiera gustado dar explicaciones de sus decisiones. Y luego, una vez que había tierra por medio, nada o casi nada. Alguna llamadita de vez en cuando, por los cumpleaños y así, y otra más larga por Navidades.

El religioso tenía más relación, pero no mejor. Quizá consideraba su obligación seguir guiando aquella familia o quizá tenía un fondo de culpa dentro de la conciencia— por lo que sea, cuando las llamaba o las visitaba, hacía preguntas y daba poca información. Y fuera lo que fuera aquello que le contaban Adela o su madre, siempre lo juzgaba, a veces lo criticaba y hasta en ocasiones lo prohibía. Como pasó con lo de apuntar a la madre a cursis de gimnasia bajo el agua en la piscina cubierta. Decía que era muy peligroso y que no veía ninguno de los posibles beneficios que iba a reportarle. Y Adela nunca le llevaba la contraria, pero luego hacía lo que mejor le parecía, unas veces haciendo caso de la opinión del hermano y otras saltando sobre ella con un acusado estilo olímpico.

Las dos vivían en la gloria.

Adela salía cada tarde a dar una vuelta. Quedaba con alguna amiga o con varias, del pequeño grupo de cinco conocidas con las que mantenía relación. Todas menos una solteras como ella. Salían y paseaban un rato, luego se sentaban en un café y charlaban durante media hora. Y a casa. En esos cafés, las conversaciones eran siempre sobre ellas mismas o sobre alguna serie de televisión. Adela se fumaba entonces un cigarrillo rubio con sus amigas, como quien cumple un ritual placentero.

Por la noche, después de cenar en la cocina, la madre y la hija se sentaban cada una en un asiento del mismo sofá y veían la tele. Pasaban poco rato en silencio, porque constantemente interrumpían su concentración con algún comentario, con algún chisme o con alguna noticia. Adela se levantaba y traía un cigarro y un cenicero y fumaba su segundo cigarrillo con el mismo deleite que el primero. Rara vez le daba tiempo a fumar otro, pero todo podía ser. Cuando apagaba el primero buscaba su teléfono móvil y lo desconectaba, era un gesto que explicaba al mundo que ella ya no estaba para nadie. El de la madre, en

cambio, estaba siempre conectado porque le daba impresión, como ella decía, desconectarse y el fundido en negro de la pantallita no le gustaba nada.

Adela salió al súper a comprar el pan y la lista que habían preparado en cuanto acabaron su desayuno. Después de terminar la casa, esa era su única tarea, una casa de dos mujeres mayores da muy poquito trabajo. En la lista había muy pocos apuntes, en realidad era sólo lo justo para la comida y la cena del día. Tendría tiempo de sobra antes de ponerse a guisar para darse un paseo por las tiendas del centro.

Cuando volvía del paseo, recogió en el súper la bolsa con lo que había comprado. De camino a su casa se encontró con su madre que volvía del centro de mayores. Hoy había tenido curso de internet. Como vio que estaba muy contenta, le preguntó los motivos. La madre le explicó que Anselmo le había enseñado una página muy interesante.

–¿Anselmo,... qué Anselmo? ¿Quién es Anselmo?

–Anselmo es otro viejo. Es una página de viajes, viajes que ha hecho uno que vive en La Mancha, pero que ha estado por todo el mundo. Ahora tiene su blog y cuenta todos los viajes.

–Hija, justo lo que más te gusta.

–Además debe de tener mi edad o por ahí. Me ha encantado todo lo que he visto. Esta tarde te lo enseño. Ya verás cómo te gusta a ti también.

Y para entonces ya habían llegado a su piso y Adela abría la puerta.

Por la tarde, tal como estaba planeado, nada más acabar el té de la merienda, conectaron el ordenador de Adela y la madre comenzó a leer los relatos de viajes que había descubierto por la mañana gracias al *otro viejo*. Se entusiasmó con la lectura y Adela se retiró a lo suyo. De vez en cuando, le echaba un ojo y comprobaba que no se hubiera quedado dormida.

Después de la tortilla, delante del televisor, la madre estaba tan contenta que hasta dio un par de chupadas del cigarrillo de Adela.

–Si me ve tu hermano, me encierra– dijo, igual que decía cada vez que lo hacía. Y Adela asentía sin prestarle atención.

La madre de Adela se murió sin dar el menor trabajo, sin hacer ni el más mínimo ruido. Simplemente una tarde no se llegó a despertar de la siesta. Adela había salido sin despertarla y a la vuelta se la encontró tal cual se la dejó. Con una entereza que ni ella misma habría sospechado que tendría, avisó a los que tenían que ser avisados, atendió los pormenores del caso y encabezó el duelo y el entierro.

Por supuesto, se reunió toda la familia. Los hermanos consideraron (en

conversaciones sin ella) que Adela no podría soportar la situación. Pero ninguno movió los labios que podía irse a vivir a su casa, ni aun por una temporada. Y de quedarse ellos en la casa de la madre, nada de nada. El día justo para establecer el calendario de apertura del testamento y todo lo demás.

Adela se quedó efectivamente muy sola. Agradeció mucho las visitas, pero más todavía agradeció que la dejaran a solas. Toda la energía del primer momento se desvaneció cuando se despidieron sus hermanos. Se cerró la puerta y con el golpe se abrió la fuente de lágrimas. No tenía consuelo y a veces creía que se ahogaba de no poder respirar, mitad por el dolor, mitad por las lágrimas.

La pena la tuvo presa muchos días y muchas horas cada día. No podía quitársela de la cabeza. Pasaba de la incomprensión y de la débil certeza de que su madre no había muerto, a la desilusión y las ganas inexplicables de morir ella. Había perdido todo el apego a la vida. En nada encontraba gusto y nada la movía a seguir viviendo.

Después de pasar seis o siete días sin comer apenas, descubrió con sorpresa y con algo de pesadumbre que su cerebro, su manojito de sentimientos, había aceptado la pérdida. Fue casi de repente. Se asombró de los extraños procesos que mantienen la vida en el ser humano y empezó a buscar cómo sería la nueva rutina, cómo viviría ella sin su madre.

Pero el desconsuelo la atacaba literalmente a cada paso. Al pensar en la compra, al toparse con el ordenador, al limpiar el salón, la cocina. En cualquier circunstancia le venía el recuerdo y con él la tristeza.

Volvió a salir con sus amigas. No siempre que la llamaban, sólo algunas veces. Con ellas lograba serenarse y vivir sin sentir el asfixiante apretón de la nostalgia en su pecho. Se reía, comentaba lo mismo que sus amigas y volvía al mundo. Pero de vuelta en casa el dolor la poseía una vez más.

Pensó que se volvería loca. Esta idea le dio miedo. Su mente navegaba con un lado sobre los sentimientos y con el otro sobre la razón. No podía evitar la pena, pero quería salir de esa situación. Así que visitó a un médico. Calmantes, adormideras, relajantes, consejos obvios e inútiles, sonrisas vacías. Aunque Adela veía lo inútil de todo esto, cumplía sin embargo al pie de la letra todas las instrucciones. Pero cuando la asaltaba el recuerdo, maldecía al psicólogo y decía en voz alta que le habría gustado verlo a él en su situación.

Se despertó como siempre, a las nueve y media y se calzó sus zapatillas, colocadas perfectamente. En la cocina, encendió la radio y calentó la leche. Bajó del armario los botes y sacó del cajón los cubiertos. De golpe vio que por error había calentado dos vasos de leche. La rutina de tanto tiempo había movido sus

manos mientras su mente estaba sin defensa. Y fue a guardar en el frigorífico uno de los vasos. Notó, sin embargo, que la tenaza del pecho había aflojado y que por primera vez en muchas semanas no estaba cogida por el dolor. Se giró sobre sus pasos y dejó el vaso sobre la mesa. Preparó su colacao y después preparó el nescafé bien fuerte. Desayunó.

Al acabar, como si nada, recogió todo, lo usado y lo no usado. Lo dejó en el fregadero y lo fregó todo. Cuando acabó, volvió a observarse y comprobó que era feliz.

Alguien llamaba a una tal María, quizá con acento extranjero. Otros se saludaban entre bromas con fingida educación. Una paloma zureaba desde lo alto de una estatua. El aire lanzaba en vuelo violento hojas de propaganda abandonadas por el suelo. Lo normal. Lo que en un paseo podía encontrarse Adela cualquier día.

Y sin embargo, a pesar de ser una escena repetida, hoy parecía completamente nueva. Después de tanto tiempo con el dolor enturbiándole cada acto cotidiano, hoy volvía a darse cuenta de que el mundo tenía su propio tono, de que a su alrededor las cosas y la gente seguían con vida. Buscó en su memoria pero no pudo encontrar otro momento más feliz en toda su vida anterior.

Esa noche, a la hora de la cena, tuvo miedo de que regresara la tristeza. Lo pensó un poco, con la mirada perdida sobre el hule de la mesa. Por fin, decidió preparar dos cenas. Sirvió una en un plato y la otra, en otro plato, la puso en el sitio en el que habitualmente cenaba su madre. Al acabar su cena, retiró los dos platos, tiró las sobras y los puso en el fregadero. El descanso volvió a ocupar su pecho. Se sentó ante la televisión con la paz de quien ha encontrado la solución más fácil para el problema más difícil.

Sonrió con inocente malicia pensando que de nuevo compartía un secreto con su pobre madre.